

Matilde Souto Mantecón, *Mar abierto. La política y el comercio del Consulado de Veracruz en el ocaso del sistema imperial*, México, El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos-Instituto José María Luis Mora, 2001, 349 p.

Las más recientes reuniones de especialistas y la bibliografía histórica han registrado el creciente interés de los investigadores en las instituciones económicas del mundo colonial americano, y particularmente en los consulados de comercio. La nueva corriente de estudios sobre los consulados nos los muestra como espejos de la heterogeneidad de las élites coloniales, al tiempo que ha demostrado el dinamismo de sus relaciones con otros actores sociales. Se presta cada vez más atención al papel desempeñado por los consulados, a través de su prolongada historia, como piezas clave del andamiaje financiero y político del imperio español, como articuladores del desarrollo económico regional y como crisol de alianzas y rupturas entre los intereses de las oligarquías de la metrópoli y de los virreinos de Nueva España y Perú.

En este contexto, el trabajo de Matilde Souto, *Mar abierto. La política y el comercio del Consulado de Veracruz en el ocaso del sistema imperial*, aborda el encuentro a finales del siglo XVIII entre la antigua tradición consular hispánica y los afanes modernizadores de la monarquía borbónica. Como se explica aquí, el florecimiento de nuevas corporaciones mercantiles en América durante los reinados de Carlos III y Carlos IV resultó de un designio especial de la Corona para, por una parte, reorganizar el comercio colonial frente a la renovada realidad económica del ámbito atlántico, y por otra, quebrantar los lazos de poder y la influencia que los más antiguos consulados indios, México y Lima, habían tendido hacia otras regiones del continente e incluso más allá. Aunque el consulado veracruzano ha sido

desde hace algún tiempo objeto de atención para la historiografía, la contribución de la autora resulta de gran relevancia no sólo por el trabajo de interpretación de una gran cantidad de información proveniente de muy diversas fuentes, sino también por su afán de reconstituir la identidad económica, política y social de los comerciantes del puerto.

Veracruz parecía destinado desde sus comienzos a jugar un papel protagónico en el comercio exterior novohispano, pero la imbatible hegemonía del consulado de México relegó mucho tiempo a los mercaderes porteños a un segundo plano. Tal vez lo que requerían era una afortunada reunión de circunstancias como las que Souto describe en el primer capítulo del libro. La autora comienza por un repaso de los rasgos fundamentales del sistema comercial presidido por la monarquía de los Austrias, dirigido a mostrar los fallos que condujeron a España al rezago económico frente a sus principales competidores europeos. Enseguida reseña los esfuerzos de los Borbones para reformar las relaciones entre España y sus dominios que culminaron en medidas como el establecimiento del régimen de comercio libre y la fundación de nuevos consulados. Casi sin transición alguna, se comienza a hablar de los primeros pasos dados por la comunidad mercantil veracruzana para sacar ventaja de las nuevas condiciones comerciales y estratégicas surgidas en el ámbito del Caribe a partir de 1761.

Las aportaciones más originales de la investigación de Souto comienzan a partir del segundo capítulo, dedicado a la fundación del consulado de Veracruz. Aquí podemos ver en acción los métodos del reformismo borbónico, en el claro propósito de la Corona de mantener a toda costa el control de los mecanismos administrativos y electorales del nuevo organismo. El análisis de los sondeos y negociaciones que precedieron a la cédula fundacional de 1795, a través de la comparación entre los firmantes de la representación de 1781 de solicitud de creación del consulado y las listas de candidatos para los puestos consulares elaboradas por comerciantes y por el Consejo de Indias, sirve a la autora para ofrecer una interesante radiografía prosopográfica de los distintos grupos de interés que concurrieron a su fundación. Entre otras cosas resalta la aparición entre los fundadores de nombres de inequívoco origen catalán, santanderino, gallego y hasta extrapeninsular, en contraste con el tradicional dominio de los gremios mercantiles coloniales por an-

daluces y vizcaínos; puede verse aquí también el origen de los diferentes clanes familiares que mucho después de la independencia dominaron la escena social y económica veracruzana, como los De la Torre, los Tejada o los Murphy. A propósito de prosopografía, se debe señalar como uno de los mayores aciertos del libro la inclusión de un apéndice con las noticias individuales que la autora pudo recoger sobre un gran número de mercaderes veracruzanos. Sin duda debe agradecerse la franqueza con que ha compartido con los lectores su fichero de información biográfica, pues con ello nos ha proporcionado una guía invaluable para posteriores trabajos.

El tercer capítulo describe la manera en que la presencia del grupo comerciante representado por el consulado guió la transformación de Veracruz, de somnoliento puerto de estación de las viejas flotas y asilo del contrabando tradicional, a permanente centro de actividad económica y *entrepôt* mercantil de América del Norte, el Caribe y Europa. Obtenemos la imagen de un Veracruz que crece en importancia y conciencia propias, situación visible no sólo en el mejoramiento urbano sino también en el establecimiento de la imprenta y de un diario, y en las tentativas por crear una sociedad de amigos del país. Detrás de este desarrollo estaría la diligencia del Consulado en el desarrollo de la infraestructura económica del puerto, promoviendo iniciativas como la creación de un nuevo hospital para las víctimas del vómito negro, la construcción del camino de Perote o el establecimiento de mejores servicios portuarios para el tráfico, carga y descarga de embarcaciones por cuenta de la propia corporación. Dentro de esta perspectiva es abordada una de las más duraderas empresas de la corporación veracruzana: la formación por los secretarios consulares de las *Memorias políticas y económicas anuales*, y de las *Balanzas del comercio marítimo hecho por el puerto de Veracruz*, las más completas estadísticas económicas hasta entonces compiladas en la Nueva España. La personalidad y los trabajos de los secretarios Vicente Basadre, José Donato de Austria y José María Quirós son analizados por Souto, quien sin embargo opina que las apreciaciones de estos escritores sobre la realidad novohispana fueron hechas ante todo para “sustentar con un barniz de teoría económico-política” los objetivos e intereses corporativos del consulado. Frente a esta afirmación cabría preguntarse si la defensa de intereses particulares no fue en buena medida el motor de la mayor parte de la literatura económica hasta finales del

siglo XVIII, y si al juzgarlos tan severamente no se incurre en el riesgo de una descalificación sumaria de la obra de estos antiguos analistas.

El sustento y origen del consulado es el objeto de estudio del cuarto capítulo de *Mar abierto*. La autora estudia la trayectoria del comercio exterior de Veracruz, distinguiendo entre el total de las importaciones y exportaciones novohispanas hechas a través del puerto (de acuerdo con las *Balanzas*) y lo correspondiente a la jurisdicción consular, según los registros del impuesto de avería. Un acercamiento crítico a los datos disponibles permite a Souto extraer conclusiones contrastantes: así, mientras que el consulado porteño llegó aparentemente a controlar el 59% de las importaciones y el 78% de las exportaciones novohispanas, las series estadísticas hacen resaltar también la volatilidad del comercio veracruzano, expuesto a ciclos de enorme prosperidad seguidos de otros de grandes dificultades, coincidentes con las guerras y la crisis imperial. El capítulo se cierra con el examen de una fuente poco conocida: los registros originales presentados por los capitanes o maestros de embarcaciones para la carga y descarga de las mismas en Veracruz, correspondientes a 296 operaciones comerciales. Como señala la autora, la fuente, aunque incompleta, resulta valiosísima pues nos proporciona una imagen detallada de la composición de los cargamentos de navíos y de las operaciones cotidianas de algunos de los más importantes miembros del consulado de Veracruz.

De acuerdo con la autora, el consulado veracruzano no salió indemne de los constantes conflictos internacionales y las bruscas fluctuaciones económicas de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Los capítulos quinto y sexto de *Mar abierto* resultan ser, en este sentido, como dos lados de una misma moneda: por una parte, se destaca el efecto devastador que el tráfico neutral y las operaciones de financieros y comerciantes extranjeros en Veracruz (que la autora describe en detalle) tuvieron sobre la estabilidad imperial en la zona del Caribe. Por otro lado, la lucrativa participación de un minoritario grupo del consulado veracruzano en estos negocios produjo un resultado ambivalente: la corporación defendía institucionalmente la restricción a los extranjeros y la aplicación irrestricta de su jurisdicción sobre el comercio de la región, sólo para asegurar la exclusividad de los tratos que sus propios miembros sostenían clandestinamente con los negociantes foráneos. Lo que muestra el

estudio de Matilde Souto es una situación común en la historia de los consulados coloniales: una elite había segregado a su vez a una elite aún más reducida y privilegiada, dedicada a manipular en su beneficio la política corporativa. Por ello, cuando la gran crisis imperial de 1808 apuntó en el horizonte, la división al seno del consulado no tardó en aparecer, fraccionando a la corporación entre los proteccionistas interesados en el mantenimiento del *status quo* y los librecambistas que a todo trance intentaban abrir el mercado a la participación de nuevos actores económicos.

En esta situación puede comprenderse que a partir de 1808 la política del consulado haya seguido, en adecuada expresión de la autora, caminos “sinuosos y oscuros” como los descritos en el último capítulo. El mismo pragmatismo y la ambivalencia exhibidos en sus tratos con el exterior por negociantes como los Murphy parecen haber caracterizado la conducta de la corporación y sus miembros frente al derrocamiento de Iturrigaray, la conspiración de los Guadalupe y las tentativas fracasadas de negociación entre la insurgencia y el gobierno virreinal. A partir de este momento, el perfil del consulado veracruzano se desdibuja un poco en el relato de Souto, en coincidencia con el ascenso de las nuevas realidades políticas promulgadas en la constitución gaditana de 1812. A cambio se trazan más nítidas las trayectorias individuales de los miembros del consulado y de sus familias, que formarán parte de los ayuntamientos constitucionales, pasarán por las Cortes y luego transitarán al imperio iturbidista y la primera república federal. En cuanto a la antigua corporación, tras constituir el núcleo originario de la organización y la toma de conciencia de las elites de la provincia, se desvanece por un decreto del estado libre y soberano de Veracruz, momento que la autora escoge para concluir su investigación.

Para terminar puede decirse que *Mar abierto* constituye un esfuerzo notable por el empeño con que la autora ha intentado restituir los elementos perdidos de la delicada ecuación comercio-política. Si bien por momentos se echa de menos la voz de los propios comerciantes veracruzanos (lo que puede deberse a la naturaleza de las fuentes utilizadas), a cambio la autora pone a nuestro alcance la elocuencia de las cifras del comercio exterior del puerto, que junto con su relato nos ofrecen una original imagen de la fusión entre política corporativa tradicional y modernidad económica en el contexto de la crisis de un imperio. En cuanto al método, el libro de Matilde Souto

debe destacarse como muestra de que un trabajo serio de crítica de fuentes no tiene por qué coartar la frescura y el instinto de búsqueda del investigador. Por lo que toca a las perspectivas abiertas por el libro, de aquí sale un gran número de caminos de investigación que merecen mayor exploración, en aspectos tan diversos como el pensamiento económico, el papel del Consulado veracruzano en la articulación de la economía regional, las relaciones económicas con el resto del virreinato y los vínculos, confesados e inconfesables, entre los comerciantes y algunos de los más notables actores políticos del periodo. Con toda seguridad los investigadores futuros de estos temas deberán navegar alguna vez al menos por este *Mar abierto*.

Iván ESCAMILLA GONZÁLEZ
Facultad de Filosofía y Letras. UNAM